Obrar cual noble

Drama
de
Asquerino

DE ESPAÑA

Por DON MODESTO LAFUENTE, continuada hasta la época actual por DON JUAN VALERA.—Lujosísima edicion, ilustrada con magníficas cromolitografías representando monumentos, armas, autógrafos, copias de códices y varios objetos históricos, y con grandes láminas en las que están reproducidos los retratos de los principales monarcas españoles. Aparte de esto, van intercalados en el texto mas de seis mil grabados, reproduccion exacta de todos los tipos de monedas que han circulado en España y sus posesiones desde los primitivos tiempos hasta el dia.

La obra del Sr. Lafuente consta de unas 470 entregas que forman cinco regulares tomos, á los cuales seguirá otro dedicado á la continuacion de la Historia hasta la época actual.

Cada entrega, cuyo precio es el de REAL Y MEDIO, consta de ocho páginas de impresion ó sean diez y seis grandes columnas de texto, impresas en caractéres claros á la par que compactos, y en papel superior perfectamente glaseado.

Se repartirá semanalmente un cuaderno de cuatro entregas, equivaliendo cada lámina suelta á una entrega.

VIDA DE LA VIRGEN MARIA

OBRAR CUAL NOBLE

AUN CON CELOS.

Drama original en verso

EN TRES ACTOS

POR D. EUSEBIO ASQUERINO.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

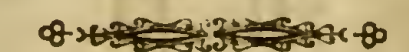
Mayo de 1845.

PERSONAS.

DOÑA LUZ.
LA REINA EGILONA.
DON FAVILA, *duque de Cantabria.*
EL REY EGICA.
VILFRIDO.
PELAYO. (FADRIQUE.)
UN OFICIAL.

DAMAS DE LA REINA, CABALLEROS, GUARDIAS, ETC.

La escena pasa en Toledo á fines del siglo VII.





Acto primero.

El teatro estará dividido: por un lado representa un jardin corto; en el fondo hay una reja; y por el otro una cámara de la reina; en el fondo una puerta.

ESCENA PRIMERA.

EL REY *y* VILFRIDO: *salen embozados por el jardin.*

REY. Ya estamos en el jardin;
veremos si esta mañana
asoma á aquella ventana
mi hechicero serafin.
Con fiero desden me humilla
sin pagar mi amor constante,
y aunque soy rey, como amante
debo doblar la rodilla.
Ay! Vilfrido! No podré
vencer tanta resistencia,
y el pretenderlo es demencia
que muy cara pagaré.
No he logrado conciliar
el sueño y la vengo á ver,
que aunque ingrata á mi querer
yo no la puedo olvidar.
Ni un instante de sosiego
me deja mi pasion loca;
pues cuanto mi mano toca
suele convertirse en fuego.

VIL. No comprendo, á la verdad,
por qué se atormenta un rey,
debiendo hallarse la ley
sujeta á su voluntad.
Y pues sois rey, es muy justo
nos sometamos á ella,
y doña Luz aunque bella
obedezca vuestro gusto.

REY. Esta tirana aficion
ha de costarme la vida,
que ya es muy honda la herida
que siente mi corazon.
Y asi en tanto que á mi esposa
al sueño dejo entregada,
viene el alma enamorada
á ver á su Luz hermosa.
Quiero por la última vez
decirla mi ardiente pena,
y si la escucha serena
vengarme de su esquivez.

VIL. Ingrata á vuestros desvelos
no los premia cual merecen.

REY. Y en el alma, amigo, crecen
las espinas de los celos.
Ya no dudo que hay un hombre
que me arrebata su amor,
y aunque se oculte el traidor
he de descubrir su nombre.
Él destruye la esperanza
hermosa del alma mia;
pues bien, en su sangre impía
he de saciar mi venganza.
Y no has podido indagar
lo que el corazon anhela?

VIL. Aun no, que con gran cautela
debo en el asunto obrar.
Desde el dia que reté,
tan solo por complaceros,
á todos los caballeros
de la corte, nada sé.
Hoy cumple el plazo, señor,
y ninguno todavía

ha tenido la osadía
de ser mi competidor.

REY. Oh! mucho temen tu arrojo.

VIL. No imagine vuestra alteza
que es la causa su flaqueza.

REY. Pues cuál?

VIL. Temen vuestro enojo.
Sospechan sin duda alguna
que yo por vuestro mandato
acusé de infame trato
á doña Luz, y es fortuna
para los dos.

REY. Tu deliras!
Cómo?

VIL. Porque no teniendo
quien la defienda, comprendo
que se han de amansar sus iras.
Y es cosa muy natural
que ella resignarse quiera,
por no morir en la hoguera,
á amaros.

REY. Pasion fatal!
Por tí lo atropello todo.
Posible es que á defendella,
siendo tan afable y bella,
no se atreva ningun Godo?

VIL. El que no mostrára miedo
fuera su tio quizá;
don Favila.

REY. El duque está
muy distante de Toledo.
Y aunque quiere á su sobrina,
que lo es mia tambien,
en Cantabria se halla bien,
y hoy en volver no imagina.

VIL. Me parece que han abierto
una ventana; mirad;
será la suya?

REY. Es verdad.
Si nos habrá descubierto?

ESCENA II.

DOÑA LUZ *se asoma á la reja;* EL REY *y* VILFRIDO *se retiran embozados á un lado del teatro.*

D.ª LUZ. Ilusiones seductoras
que forjó la fantasía,
hoy sois para el alma mia
tan bellas como traidoras.
Cuán lentas cruzan las horas
ausente del bien que adoro!
En mi corazon devoro
las lágrimas que derramo,
pues el mortal á quien amo
no puede enjugar mi lloro.
Nacísteis para llorar;
llorad, llorad, ojos mios,
que unos recuerdos sombríos
me persiguen sin cesar.
Qué suplicio es el amar,
para sentir el rigor
de un desengaño traidor
que la mente no adivina,
tocar la punzante espina
al ir á coger la flor.
En vano me asomo ahora
á esta reja que algun dia
los juramentos oía
del que tal vez no me adora.
Cuántas veces á la aurora
he visto por el oriente
tender la rosada frente,
y cuántas ¡ay! á la luna
veo espirar, mas ninguna
veo venir á mi ausente!
La ausencia! horrible tormento
para un tierno corazon
que en alas de la pasion
agita su pensamiento.
Tal vez en este momento
amor jura á otra beldad...

en desecha tempestad
salgan mis suspiros luego,
y si ha de sentir su fuego,
volad, suspiros, volad.

REY. Me acerco á hablar á este encanto.
Observa si viene alguno.

VIL. No habrá ningun importuno
que haya madrugado tanto.

D.ª LUZ. Suena gente. Santo Dios!
Retírome.

REY. Hermosa dama?

D.ª LUZ. A mí sin duda no llama.

REY. Sí, par diez; os llamo á vos.

D.ª LUZ. Mirad que yo no soy bella,
y como en busca venís
de otra, vos me confundís
seguramente con ella.

REY. Confundiros con alguna?
Mal puede ocultar el sol
su purpurino arrebol
y sus celages la luna.
Y pues me abraso al mirar
la luz de esos ojos bellos,
no dudo ya que son ellos
los que he venido á buscar.

D.ª LUZ. Galan sois.

REY. Y vos hermosa.
Feliz yo si consiguiera
una sonrisa hechicera
de vuestros labios de rosa.

D.ª LUZ. Solo una sonrisa? Ah!
Es bien poco...

REY. Y vuestro amor.

D.ª LUZ. Muy tarde llegais, señor.

REY. Por qué?

D.ª LUZ. Porque le dí ya.

REY. Luego es cierto que amais? (*Con enojo.*)

D.ª LUZ. (Cielos! Esa voz...)

REY. Quién es, decid,
el dichoso?

D.ª LUZ. (Si es ardid
del rey...)

REY. (Me ahogan los celos.)

D.ª LUZ. Es él: anduve imprudente.)
No mostreis por ello agravio,
porque á veces dice el labio
lo que el corazon no siente.

REY. En vano quereis negar
lo que acabais de decir.
Cómo pudiera vivir
una hermosa sin amar?
Hace un momento, señora,
lanzábais tiernos suspiros;
y aunque bien no pude oiros,
suspirásteis como ahora.

D.ª LUZ. No os sorprenda mi quebranto;
porque soy tan desgraciada
que solo en mi pecho entrada
tienen las penas y el llanto.

REY. Temeis morir en la hoguera
sin tener un campeon
que la infame acusacion
de Vilfrido destruyera?

VIL. (Infame llama lo que él
ha ordenado? Vive Dios!
De amores hablan los dos,
y haciendo estoy buen papel.)

REY. Qué dices? (*Bajo á Vilfrido.*)

VIL. (*Id. con malicia.*) Que estoy gozoso
al ver cómo vos gozais.
(Yo me vengaré.)

REY. (*A doña Luz.*) Ah! Llorais?
Qué turba vuestro reposo?
No mas derrameis, señora,
del llanto las ricas perlas,
porque causais al verterlas
amarga envidia á la aurora.
No mas con fieros enojos
me mireis, que ese desden
no sienta, doña Luz, bien
á la luz de vuestros ojos.
Ved, hermoso serafin,
que nos convidan á amar
con su blando susurrar

las auras de este jardin.
Hasta la temprana flor
abre su tierno capullo
de las brisas al arrullo,
y del alba al resplandor.
Y amando todos, sereis
vos sola la desdeñosa?
Vos, que nacisteis hermosa,
es posible que no ameis?
Escuchad mi tierna queja,
que es hija de mi pasion,
no tengais el corazon
tan duro como esa reja.
Mira que se halla á tus pies
un rey.

D.ª LUZ. (*Aparentando sorpresa.*)
Ah! siento enojaros,
mas con franqueza he de hablaros.
Mi voluntad de otro es.

REY. Qué escucho! Y es preferido
á un rey otro hombre? Insensata!
(La cólera me arrebata.)

D.ª LUZ. Perdonad si os he ofendido.
Cortos mis méritos son
para tan alta persona;
vos teneis una corona,
y él solo mi corazon.

REY. No concibiera jamas
que otros de mérito agenos
alcanzasen por ser menos
lo que pierdo por ser mas.

ESCENA III.

DICHOS. UN EMBOZADO (DON FAVILA).

EMB. Tal vez me aguarda mi amor
impaciente. Mas qué miro!

D.ª LUZ. (Allí un hombre? Me retiro.)

REY. Cerró la reja. Oh furor!

EMB. Oh! Era ella! Cielo santo!
Perjura doña Luz! Ah!

Y quién el hombre será
que me arrebata amor tanto?

REY. Vilfrido?

VIL. Señor?

REY. No ves
un bulto?

VIL. Es verdad; le veo,
y no me engaño si creo
que es vuestro rival.

REY. Él es?

EMB. Son dos; no importa, mi espada
ha de descubrir su nombre.

REY. Parece se acerca el hombre.
Mataréle si me enfada.

VIL. Dejadme á mí.

EMB. (*Acercándose.*) Caballeros,
si lo fuéredes.

VIL. Quién va?

EMB. No lo ve? Tan ciego está?

VIL. Y qué quiere?

EMB. Conoceros.

VIL. No es mucho.

EMB. Lo creo asi.

VIL. Pues muy mal habeis creido.

EMB. Qué dice?

VIL. No lo ha oido?

REY. (Aun no ha reparado en mí.)

EMB. Despachad, que saber quiero
lo que en el jardin buscais,
ó haré que me lo digais
con la punta de mi acero.

VIL. Las razones que decis
me acaban de convencer,
y os prometo complacer
si en el tema persistís.

EMB. Esplicaos sin rodeos,
y no apureis mi paciencia.

VIL. No es un cargo de conciencia
revelar mis galanteos?

EMB. Eh! presto.

VIL. Sois exigente.

EMB. Mi acero os lo hará decir. (*Sacándole.*)

VIL. Dios me libre de reñir
con un hombre tan valiente.
EMB. Quién sois pues?
VIL. Y vos?
EMB. Por Cristo,
que he de arrancaros el alma.
VIL. Y nada mas? Tened calma.
REY. (No sé cómo le resisto.
Pero me conoceria,
y no me conviene.)
VIL. Voy
á declararos quién soy
con mucha cortesanía.
Sabed antes que he venido
por una muger llamado;
si ella de mí se ha prendado,
yo la culpa no he tenido.
No debo deciros mas,
porque en materia de amores,
de las damas los favores
no se publican jamas.
Y si á doña Luz debí
algunos, aunque inocentes,
yo soy caballero y...
EMB. Mientes!
Mientes, infame!
VIL. Qué oí?
EMB. La lengua te he de arrancar.
Saca el acero, ó te mato.
VIL. (*Con ironía burlona.*)
Ah...! sois el otro...? Mal rato,
sin querer, os vine á dar.
EMB. De qué hablais?
VIL. Yo imaginé
que á decirla vuestra queja
iríais por otra reja:
perdonad, si me engañé.
EMB. Defiéndete, vive Dios!
VIL. (*Sacando el acero.*)
Lo siento... mas lo quereis...
EMB. Tú su amante!
VIL. Os sorprendeis?

ó pensabais serlo vos?

EMB. Riña y calle. (*Riñen.*)

VIL. Valor tiene.

REY. (Debo impedirlo.) Apartad.

EMB. Hola! Y quién sois vos...?

REY. Callad,
y obedeced. (Alguien viene.)

EMB. (Es el rey. Me importa huir
antes de ser conocido.) (*Vase.*)

REY. Sígueme, nos han oido,
y nos pueden descubrir.

ESCENA IV.

LA REINA EGILONA. DAMAS. ESCUDEROS.

EGIL. No me engañé. En el jardin
han cruzado las espadas.
Desde mi lecho he oido
que varios hombres hablaban
en este sitio.

DAMA. Teneis
tan próxima vuestra cámara...

EGIL. Y á poco rato escuché
el ruido de cuchilladas.
No le oiste?

DAMA. Sí, señora.

EGIL. Hasta averiguar la causa
he de ocultárselo al rey.
Seguid todos: tal vez andan
por el jardin todavía
los que combatiendo estaban.
Pero un hombre... (*Al irse ve á Vilfrido.*)

ESCENA V.

DICHOS. VILFRIDO.

VIL. Muy temprano
vuestra alteza se levanta.

EGIL. Ah! Es Vilfrido. Y vos
tambien madrugais.

VIL. Lo estraña
vuestra alteza? Habiendo oido
cierto rumor, me dió gana
de descubrir el origen...
EGIL. Y habeis descubierto...?
VIL. Nada.
Mas tengo algunas sospechas...
EGIL. Que serán comunicadas
á la reina. No es verdad?
VIL. Si vuestra alteza lo manda...
pero como solamente
de ser sospechas no pasan,
quisiera me permitiéseis
hasta verlas realizadas
que os ocultase...
EGIL. Con todo,
decídmelas.
VIL. (Tú te clavas.)
EGIL. Y si importa que no sepa
mi esposo el rey lo que pasa,
no lo sabrá.
VIL. Iba á pediros
lo mismo, que es de importancia
el secreto, y mucho mas
para el rey. (Cayó en la trampa.)
EGIL. Hablad.
VIL. Debeis suponer,
habiendo en palacio damas
asaz hermosas, galanes
cortesanos, y ventanas
que para citas de amores
parece hallarse formadas,
que ha de ser amor sin duda
de tales pendencias causa.
EGIL. Luego creeis que aquel ruido
le ha motivado...
VIL. La rabia,
ó celos de algun amante
que yendo á ver á su dama,
por un rival mas dichoso
halló la reja ocupada.
EGIL. Bien discurrís. No pudiérais

adivinar...
VIL. Cosa es clara,
que han de vivir en palacio
los rivales y la amada;
que han de tener una llave
que á este jardin les dé entrada,
y que esta ha de ser la reja
adonde el amor los llama.
EGIL. Es decir que doña Luz
mi sobrina...
VIL. Tal vez.
EGIL. Basta.
Sois su enemigo, y no estraño
que asi mancilleis su fama.
VIL. Haceis bien en defenderla,
porque tiene tantas gracias,
que hasta el mismo rey se inclina
compasivo á perdonarla.
EGIL. (Qué sospecha! Si mi esposo...
Y no le he visto en su cámara...)
Vamos, Vilfrido, no quiero
estar con vos enojada.
Quiénes presumis que sean
los rivales?
VIL. Oh! no es tanta
mi discrecion que adivine
por conjeturas muy vagas
lo que me habeis preguntado.
Ademas, si sospechara
de dos personas, y la una
fuera, señora, tan alta
que temiese su poder,
torpe anduviera en nombrarla.
EGIL. (Todo lo comprendo ahora,
y horribles celos me abrasan.)
A Dios, Vilfrido.
VIL. Supongo
que cumplireis la palabra
de ocultar á vuestro esposo...
EGIL. Ah! si: ya se me olvidaba.

ESCENA VI.

VILFRIDO.

Buena va la reina. Apuesto
que ni un instante descansa
hasta apurar sus sospechas.
El rey á doña Luz ama,
y á mí tambien me cautiva
su belleza. Mucha maña
necesito, vive el cielo,
para lograr mi esperanza.
Pero manos á la obra.
Si la vista no me engaña
ella sale. Ea! empecemos,
y si tira de la manta
el diablo, á Roma por todo.

ESCENA VII.

DOÑA LUZ. VILFRIDO.

D.ª LUZ. Ah! Dónde la reina se halla?
(*Se turba al ver á Vilfrido.*)
VIL. Presto volverá, señora,
y aqui podeis aguardarla.
D.ª LUZ. (Siempre he de ver á este hombre,
que tantos males me causa.)
Voy en su busca.
VIL. Primero
habeis de oir dos palabras.
Escuchadme.
D.ª LUZ. Decid pues.
(Esto no mas me faltaba.)
VIL. Os hablaré sin rodeos,
que en valde el tiempo no gastan
hombres como yo. Sois bella,
y me habeis robado el alma;
ya lo sabeis, pues mi labio
de revelároslo acaba.
Ahora bien; decidme vos
si apagareis esta llama,

y es asunto concluido.

D.ª LUZ. No me parece la chanza
muy discreta. (*Quiere irse.*)

VIL. Deteneos.
A broma tomais mis ansias?

D.ª LUZ. Dejadme en paz.

VIL. Por lo visto
mi lenguaje no os agrada.
Pero sabed que en mi escuela,
que fue el campo de batalla,
no he podido aprender otro.
O preferís al monarca,
que para veros y hablaros
espera la luz del alba
como si no derramasen
vuestros ojos luz mas clara?

D.ª LUZ. Asi hablais del rey?

VIL. Acaso
mi lengua en esto le agravia?
Vamos; otro es el galan
á quien vuestro pecho aun ama.
Tengo razon?

D.ª LUZ. (*Con enojo.*) Qué decís?

VIL. Digo, que espejo del alma
es el rostro, y en el vuestro
leo lo que no ignoraba.
Al morir la camarera
que fue la depositaria
de vuestro amor, revelóme
que desde fecha muy larga,
quince años há por lo menos,
estabais enamorada...

D.ª LUZ. (*Turbada.*) De quién? Os dijo su nombre?

VIL. Hola! Parece que os causa
sorpresa: tranquilizaos;
me lo ocultó la taimada;
no asi lo mas importante
del secreto: tened calma;
todo lo sabeis.

D.ª LUZ. (Dios mio!)

VIL. Me declaró que una dama,
esa sois vos, dado habia

á luz un infante... vaya!
no os ruboriceis. Sin duda
me engañó; la cosa es clara,
vos lo negais...

D.ª LUZ. Si, lo niego.
Fue una impostura villana.

VIL. (*Con marcada ironía.*)
Asi lo creo, señora;
pero como tambien se halla
en mi poder cierto escrito
que ella misma me entregara...

D.ª LUZ. Un escrito!

VIL. (*Le muestra un pergamino.*)
Si, miradlo:
por fortuna ó por desgracia
no indica el nombre, é ignoro
á quién dirigido estaba;
pero no importa; muy presto
lo sabré y...

D.ª LUZ. Suerte infausta!

VIL. Ahora bien; pensad que yo,
por mandato del monarca,
ante toda la nobleza
os acusé de liviana;
y pues ningun caballero
á defenderos se lanza,
debeis morir en la hoguera
que os tienen ya preparada.

D.ª LUZ. Ah! qué horror!

VIL. Y ese rival
favorecido, á qué aguarda?
A que os entierren para ir
á derramar una lágrima
sobre el sepulcro diciendo:
«aqui la que amé descansa?»

D.ª LUZ. Es posible que ejecuten
una sentencia tan bárbara?

VIL. La ley está terminante;
y como es tela de araña
la ley, segun dijo el sabio,
que los fuertes la traspasan
y el débil se enreda en ella,

vos no podreis traspasarla.
Pero si me amais, os juro
de la acusacion lanzada
contra vuestro honor, al punto
retractarme y...

D.ª LUZ. No mas, basta.

VIL. Os oponeis segun eso?

D.ª LUZ. Oh! Muy mal comprende mi alma
quien juzga que he de venderla
temiendo morir mañana.
Guardad, señor caballero,
tanto amor para otra dama,
que yo no le necesito.
Guárdeos el cielo.

ESCENA VIII.

VILFRIDO.

Mal hayan
las mugeres que son tercas.
Doña Luz está empeñada
en morir. Bien: el capricho
no deja de tener gracia.

ESCENA IX.

EL REY. VILFRIDO.

REY. Vilfrido?

VIL. (Ah! El rey aqui?)
Señor...

REY. Oculto aguardaba
que se ausentase la reina,
y he podido ver que hablabas
con doña Luz. Qué te dijo?

VIL. (Nada oyó. Siga la farsa.)
La he pintado vuestro amor
con tan vehementes palabras,
que crei que agradecida
tantos desvelos premiara;
pero ella me ha respondido

que os aborrece.

REY. Ah! tirana!

VIL. Y que adora á otro.

REY. Ah! fiera!
Hoy probará mi venganza.

VIL. Qué intentais, señor?

REY. Su muerte.
Sígueme.

VIL. Voy. (Esto marcha.)

ESCENA X.

(*Cámara de la reina.*)

LA REINA EGILONA. DOÑA LUZ. DAMAS.

EGIL. No he podido indagar lo que anhelaba.
Retiraos. (*A las damas.*)

D.ª LUZ. Señora, estais inquieta.
Qué pesar os aflige?

EGIL. Negro sueño
mi apacible reposo ha destruido.

D.ª LUZ. Cuál fue la causa?

EGIL. De mi ingrato dueño
olvidada esta noche me he creido;
y que otra mas feliz me arrebataba
el amor que ambiciono.

D.ª LUZ. (Oh Dios!)

EGIL. (Qué veo!
se ha turbado. Vilfrido la acusaba
con sobrada razon; ella me vende.)

D.ª LUZ. Desechad esa idea; es imposible
que ninguna muger pueda robaros
lo que vos sola mereceis: su alteza
con tanta ingratitud no ha de pagaros.

EGIL. (Podrá fingir de tal manera? Lucho
con mil dudas.)

D.ª LUZ. Tambien es desgraciada
la reina de la goda monarquía?
Ah! perdonad si os digo que á la mia
no iguala vuestra pena. Hoy condenada
al suplicio seré mas espantoso;

hoy en la hoguera he de morir. Dios mio!
Horrible realidad! Siento al pensarlo
por mis venas correr un sudor frio.

EGIL. (Se apaga mi rencor al escucharla.)

D.ª LUZ. Y nada me decis? Y me abandona
á mi dolor aquella que algun dia
con delirio me amaba? Ay! Egilona!
Mi madre fuisteis vos; perdí la mia
en la infantil edad, y de esta huérfana
protectora habeis sido. Bien me acuerdo
de mi niñez tranquila y candorosa.
Cómo olvidar pudiera los desvelos
que pasabais por mí? Siempre amorosa
vuestras tiernas caricias me halagaban,
y la inocente niña sonreía
al miraros no mas. Mágicas horas
que ya no han de volver!

EGIL. Calma tu pena.

D.ª LUZ. Y he de morir!

EGIL. Morir! Enjuga el lloro.
No pierdas la esperanza de que venga
á defenderte alguno.

D.ª LUZ. En vano imploro
la compasion del cielo; no me escucha.

EGIL. Tal vez tu tio don Favila vuele
á Toledo.

D.ª LUZ. (Jamas. Ya me ha olvidado!)

EGIL. Qué dices?

D.ª LUZ. Nada, nada fue. Del duque
quizás á los oidos no ha llegado
este reto fatal. Y habeis creido
que por una sobrina se espusiera
á perecer?

EGIL. Favila es generoso,
valiente y caballero. Mucho estraño
que una opinion tan poco favorable
te merezca.

D.ª LUZ. (Terrible desengaño!)

EGIL. Aqui viene Fadrique. El pagecillo
que te ha recomendado tu pariente.
Humos tiene el rapaz.

D.ª LUZ. Ah! pobre niño!

Le basta para ser bien desgraciado
que le profese yo tierno cariño.

ESCENA XI.

LAS MISMAS. FADRIQUE.

EGIL. Qué traes, Fadrique?
FAD. A vuestra alteza quiero
la causa preguntar por qué en palacio
madrugan todos hoy. He visto ahora
á varios caballeros reunidos
con el rey en su cámara, señora,
y que á esta piensan dirigirse creo.
D.ª LUZ. Tan temprano?
FAD. No deja de asombrarme;
pero el motivo, doña Luz, preveo.
EGIL. Cuál puede ser?
FAD. Termina en breve el plazo
del reto de Vilfrido.
D.ª LUZ. Ah!
EGIL. Qué dijiste?
FAD. No tema vuestra alteza por su vida;
no faltará quien la defienda.
D.ª LUZ. Cielos!
Se anuncia por ventura la venida
de algun noble adalid?
FAD. Se halla en Toledo.
D.ª LUZ. Cómo! Es posible? (*Con alegría.*)
EGIL. Esplícate.
FAD. Yo solo
os quiero defender, y á vuestra alteza
para que acceda el rey á la demanda
la vengo á suplicar.
D.ª LUZ. Infeliz page!
Pudieras ser capaz...
FAD. Lo habeis dudado?
Yo vengaré el ultrage
que ese traidor hiciera á vuestra fama;
yo he de arrancarle la villana lengua
que osó mancillar la honra de una dama.
D.ª LUZ. Gracias te doy y tu valor admiro,

oh page generoso! Mas no debo
consentir en que lidies con Vilfrido.

FAD. La razon adivino. No os asombre
su esfuerzo, que tambien aunque soy niño
tengo, señora, el corazon de un hombre.
Tambien hierve en mis venas sangre ardiente,
que en líquido de fuego convertida,
voraz me abrasa y sin cesar se agolpa
al corazon, que es centro de la vida.
Cómo al empuje de mi fuerte brazo
podrá resistir él, cuando á mi mente
la idea asalte del atroz suplicio
que os preparan si muero en el combate?
Oh! no debeis dudarlo; Dios propicio
hará triunfar mi causa porque es justa,
y castigando al impostor espero
no diga el mundo que entre tantos Godos
uno faltó que fuera caballero.

ESCENA XII.

DICHOS. EL REY. VILFRIDO. CABALLEROS. GUARDIAS.

D.ª LUZ. El rey! Gran Dios!

REY. (*A Egilona.*) Dispensad
si á molestaros venimos;
pero mi deber lo ordena.
Hoy el plazo ha concluido,
y aunque lo siento, sobrina,
detener no puedo el filo
de la ley; mas si os defiende
algun campeon, decidlo.
Aun es tiempo: hablad.

D.ª LUZ. Señor...

FAD. (Mal mi impaciencia reprimo.)

REY. Qué os detiene?

D.ª LUZ. (Me estremezco.)

EGIL. Que retardeis, os suplico,
el plazo.

REY. Oh! no es posible.

EGIL. Sois rey. Quién puede impedirlo?

REY. La ley, señora.

VIL. Su alteza
tiene razon, y yo insisto
en el reto: si hay alguno
que quiera lidiar conmigo
defendiendo á doña Luz,
alce este guante. (*Le arroja.*)
D.ª LUZ. ¡Dios mio!
FAD. Yo le levanto del suelo,
y tu valor desafio.
CAB. 1.º Valiente accion!
CAB. 2.º Atrevida!
EGIL. No es cobarde el pagecillo.
REY. Fadrique, yo te perdono
porque muestras tener brio;
pero no puedo acceder
á tu demanda: el estilo
y la ley me lo prohiben.
FAD. Qué decís?
REY. Era preciso
que te armase caballero,
y eres muy jóven.
FAD. Os pido
que me otorgueis tal merced,
y yo de ella me haré digno.
D.ª LUZ. No lo concedais, señor,
que es inmenso el sacrificio,
y yo no debo admitirle.
Prefiero morir.
FAD. Qué he oido!
Oh! (*Con sentimiento.*)
VIL. No temais por su vida,
que jamas con el de un niño
Vilfrido midió su acero.
FAD. Si tan débil me has creido,
ven al combate, y en él
te probará el brazo mio
lo contrario.
VIL. Rapaz, hablas
como un hombre.
REY. Te prohibo
que con Vilfrido pelees.
Sobrina, es grave el delito

de que os acusan, y exige
el mas severo castigo.
Preparaos á morir.

D.ª LUZ. Qué escucho!

EGIL. Sed compasivo.

D.ª LUZ. Por piedad! Soy inocente.

REY. Llevadla.

FAD. Ah!

(*Al llevarse los guardias á doña Luz aparece don Favila.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. EL DUQUE DON FAVILA, *completamente armado.*

DUQUE. Deteneos!
Yo la defiendo.
(*Movimiento general de sorpresa.*)

D.ª LUZ. Qué miro!

VARIOS CAB. Don Favila!

FAD. Justo Dios!

EGIL. (No fue en vano mi esperanza.)

VIL. (Ah!) (*Con despecho.*)

REY. Duque, en Toledo vos?

DUQUE. A tomar una venganza
venia, y tomaré dos.
Vergüenza me causa el ver
que habiendo tantos guerreros,
ninguno osó defender
el honor de una muger.
Y os llamareis caballeros!
Puede noble sangre hervir
en corazon que no inflama
el ver que una hermosa dama
en la hoguera ha de morir
porque vil labio la infama!
Con fria calma escuchar
á una muger insultar
para los Godos, no es mengua,
sin atreverse á arrancar
al calumniador la lengua!
Y escupírsela despues
al rostro para baldon

del que tan villana accion
cometiera... asi obran pues
los que caballeros son.

(*Se quita el guante, le arroja, y Vilfrido le alza.*)

VIL. Yo le levanto, y sostengo
la acusacion.

REY. (Bien me vengo.)
Duque, dentro de tres dias
será el combate.

DUQUE. Convengo.

EGIL. (*Bajo á doña Luz.*)
(Y ahora, Luz, desconfias?)

D.ª LUZ. (*Al duque con simulada indiferencia.*)
Ah! Cómo os podré pagar...

DUQUE. Fue deber de vuestro tio.

REY. Primo, podeis descansar.

DUQUE. Os obedezco.
(*Saluda á la reina y á las damas.*)

D.ª LUZ. (*Con el acento del dolor.*) (Dios mio!
Ni me ha querido mirar!)

(*Al tiempo de marcharse el duque se acerca el rey, y le dice con ironía.*)

REY. La salvareis de la hoguera!

DUQUE. (*Con marcada intencion.*)
Confio en Dios, y en mi acero;
que en vano duque naciera
si proceder no supiera
como cumple á un caballero.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

Cámara de doña Luz con puerta en el fondo; otra á la izquierda adornada elegantemente con muebles de la época. Dos candelabros en una mesa. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUZ. EL DUQUE DON FAVILA.

D.ª LUZ. Me atormentas sin piedad
con esa duda cruel.
DUQUE. Ya no es duda, es realidad.
Te sedujo el oropel
de brillante magestad.
D.ª LUZ. Cómo á mi sincero amor
puedes hacer tal agravio?
No ves, duque, mi dolor?
DUQUE. Solo veo que tu labio
le sabe fingir mejor.
A qué negar lo que vi?
D.ª LUZ. Qué viste, Favila, di.
DUQUE. Bien disimulas, traidora,
que haces testigo á la aurora
de tu ciego frenesí.
Pues á la reja asomada
al nacer el alba bella,
de tu deber olvidada
y del rey solicitada,
escuchaste su querella.

Cuando por salvar tu honor,
aunque me cueste la vida,
vuelo en alas del amor,
abre en mi pecho honda herida
el desengaño traidor.
Qué importa que mi enemigo
sin curarse de mi daño
no me mate? Qué consigo,
si el mal le llevo conmigo
y me mata un desengaño?

D.ª LUZ. Por qué me hablas de esta suerte,
si yo con loca impaciencia
tan solo anhelaba verte?
Qué te hice?

DUQUE. Darme muerte,
pues te has mudado en mi ausencia.

D.ª LUZ. Yo mudarme?

DUQUE. Eres muger.

D.ª LUZ. Ingrato! De mí te quejas
sin razon.

DUQUE. Qué he de creer,
viendo que el rey era ayer
centinela de tus rejas?
Viendo...

D.ª LUZ. Dijiste bastante;
pero depon tus recelos,
que el objeto mas distante
toma formas de gigante
á los ojos de los celos.
Si el rey me vió en la ventana
no ha sido la culpa mia,
sino del sueño, que huía
de mis ojos, pues tirana
tu imagen me perseguía.
Acercóse á mi, es verdad;
pero á su tierna pasion
qué respondí? Perdonad,
si es de agena voluntad
esclavo mi corazon.

DUQUE. Ah! ven á mis brazos, ven,
y mis sospechas perdona.

D.ª LUZ. Teniendo tu amor, mi bien,

qué me importa la corona
que brilla en su augusta sien?

DUQUE. Tanto me adoras?

D.ª LUZ. Ah! veo
que el tuyo á mi amor no alcanza,
y al soplo de una mudanza
temo nazca otro deseo
y que muera mi esperanza.
Ah! si mi hijo viviera!
con él perdí mi tesoro,
pues murió la camarera
que cuidó su edad primera,
y tambien muerto le lloro!
Quince años há... fatal dia!
En el jardin... no lo olvido,
tus tiernas quejas oia,
era niña todavia;
tú como amante, rendido
ponderabas mi rigor...
bien un triste se lamenta!
y al arrullo de tu amor
dormido quedó mi honor
en los brazos de mi afrenta.
Mal haya en débil muger
que á una promesa fingida
fia joya tan querida,
sabiendo promete ayer
el hombre lo que hoy olvida.

DUQUE. Enjuga tus ojos bellos,
no llores, no, por piedad,
que si apaga sus destellos
tan violenta tempestad
no podré mirarme en ellos.
Siento mi pecho abrasado
por el llanto que derramas;
pero aun no te he preguntado,
lloras porque me has amado,
ó lloras porque me amas?

D.ª LUZ. No comprendes mi dolor,
ó le finges ignorar,
que solo sabe llorar
aquel que siente el amor,

mas no quien puede olvidar.
Afectos tan encontrados
no pueden ser confundidos,
y hay tan amargos cuidados,
que para ser bien sentidos
no les basta el ser llorados.
(*Tocan en la puerta del fondo.*)
Cielos! llaman. Si te ven...
Ah! escóndete al momento.

DUQUE. Pero en dónde?

D.ª LUZ. (*En la de la izquierda.*)
Aqui.

DUQUE. (*Se oculta.*) Está bien.

D.ª LUZ. Voy á abrir. Dios mio! Ten
compasion de mi tormento.

ESCENA II.

DOÑA LUZ. LA REINA EGILONA. EL DUQUE DON FAVILA, *oculto.*

D.ª LUZ. (Ah! Es la reina.) En mi cámara
á tal hora vuestra alteza?

EGIL. Para hablarte, Luz querida,
sin que nos oigan ni vean
importunos, he creido
que la mejor hora es esta.

D.ª LUZ. Qué me dirá?

EGIL. El asunto,
pues que nadie nos observa,
importa mucho á las dos,
y como te he dado pruebas
de cariño, me parece
que me hablarás con franqueza.

D.ª LUZ. (Dios mio! Habrá sospechado...)

EGIL. Escúchame pues.

D.ª LUZ. (Se sienta!)

EGIL. Ya sabes que siendo niña,
como si hija mia fueras
yo te he querido.

D.ª LUZ. Es verdad.
A vos esta pobre huérfana
lo debe todo.

EGIL. A pesar
del amor que me profesas,
conozco que algun secreto
me has ocultado.

D.ª LUZ. Yo!

EGIL. Piensas
que no he leido en tu rostro
los males que te atormentan?
Te engañas. La causa ignoro;
pero no dudo que encierras
en tu pecho algun pesar.

D.ª LUZ. (Nunca sabrá mi flaqueza.)
Os sorprende que esté triste,
cuando mi fama vulneran,
y me amenaza la muerte
si en el combate venciera
mi acusador?

EGIL. Tus razones
me convencen, mas quisiera
disipasen una duda...

D.ª LUZ. (Justo cielo! No se aleja.
Cómo ha de salir Favila?)

EGIL. Qué tienes? Estás inquieta.

D.ª LUZ. No lo creais. Cuando entrásteis
me hallaba un poco indispuesta;
pero no es nada. Decíais...

EGIL. (Yo la hablaré sin reserva.
Esta noche he de apurar
mis dudas.) Decia que eras
muy desgraciada, sobrina,
porque maldicientes lenguas
publican para ofenderte
que el rey mi esposo te obsequia.

D.ª LUZ. (Qué escucho!)

EGIL. (Otra vez turbada!
No os apresureis, sospechas.)
Aseguran te persigue
como si tu sombra fuera,
espía de tus acciones,
y atalaya de tus rejas;
que te enamora de dia,
si por la noche te cela,

y con amantes caricias
tú pagas tantas finezas,
que un rey rinde á la hermosura
por mas altiva que sea.

D.ª LUZ. Eso dicen?

EGIL. Tales voces
corriendo del vulgo en lenguas
empeñan tu honor y el mio,
pues soy su esposa y tu reina.

D.ª LUZ. (Y el duque lo estará oyendo!) (*Agitada.*)

EGIL. Tambien dicen... (cómo tiembla!)
que le has dado algunas citas.

D.ª LUZ. Callad por Dios!
(*Mirando á la puerta de la izquierda.*)

EGIL. (*Levantándose.*) Qué sospecha!
Alguien se oculta en la cámara.

D.ª LUZ. Ah! no lo creais.

EGIL. (Si fuera
mi esposo... Celos, despacio.)
Yo lo veré.
(*Quiere entrar y doña Luz la detiene.*)

D.ª LUZ. No; os lo ruega
esta infeliz. No entreis.

EGIL. Cielos!
Ninguna duda me queda.
Apártate; yo lo mando.
(*Al ir á entrar aparece el rey en el fondo.*)
(Pero qué miro! el rey entra.
Uno dentro, y aguardando
al otro... está descubierta.)

ESCENA III.

LAS MISMAS. EL REY.

REY. (La reina!)

D.ª LUZ. (El rey! Desgraciada!)

REY. (Mi esperanza ha destruido.)
(*A doña Luz.*)
Perdonad que haya venido
en hora tan avanzada.
Pues sabiendo que mi esposa

en vuestra cámara entró,
quise acompañarla yo
á la suya.

EGIL. (Estoy furiosa.)
(*Con intencion.*)
Mucho estimo la fineza
que me haceis en este instante.

REY. Aunque esposo, soy amante.

EGIL. (*Id.*) Es muy galan vuestra alteza.
No es cierto? (*A doña Luz.*)

D.ª LUZ. (Me hace temblar.)
Pienso como vos, señora.

EGIL. Sigue contándome ahora
esa historia singular.

REY. Qué historia?

EGIL. Oh! es divina,
y ofrece mucho interes.

REY. Pero decidme cuál es.

EGIL. Preguntadlo á mi sobrina.

D.ª LUZ. (Dios mio!)

REY. (*A doña Luz.*) No os hago agravio
en preguntaros...

D.ª LUZ. (Ah! temo...)

REY. Me complaciera en estremo
oirla de vuestro labio.

EGIL. La causais tanto rubor,
que os la contaré por ella.
Era una dama asaz bella
que á muchos inspiró amor.

D.ª LUZ. (*Bajo á Egilona.*)
(Por piedad!)

REY. Fue tan donosa?

EGIL. Aunque entre otras la vieron
los cortesanos, dijeron
que ella era la mas hermosa.

REY. (*Mirando á doña Luz y hablando con la reina.*)
Sin duda visto no habian
vuestra belleza.

EGIL. (*Con intencion.*) Quizá
os engañeis.

D.ª LUZ. (Qué dirá?)

REY. Seguid pues. Y la querian?

EGIL. Asi lo manifestaron
con músicas y canciones
cien amantes corazones
que rendidos la obsequiaron.
Por ella rompieron lanzas
enamorados galanes;
pero ingrata á sus afanes
no premió sus esperanzas.
Pues aunque tanto importuno
la acosaba noche y dia,
atenta á todos oia
sin preferir á ninguno.

REY. Era su esquivez sobrada,
y es defecto en la hermosura,
que hizo Dios la criatura
para amar y ser amada.
Y la que en su edad florida
no siente dulce pasion,
cuya mágica ilusion
es encanto de la vida,
si nada roba su calma,
que no tiene, es evidente,
ni elevacion en la mente
ni sentimiento en el alma.
Y no llego á comprender
por mas que medito en ello,
cómo en sugeto tan bello
pudo tal alma caber.
Que la hermosura perece
si no la alimenta amor;
como en su caliz la flor,
que al rayo del sol no crece.

EGIL. Se equivoca vuestra alteza
si ha creido que á esa dama
jamas abrasó la llama
que á ser débil chispa empieza.
Tal vez quiso demasiado,
sino miente mi memoria
al referiros la historia
que doña Luz me ha contado.

D.ª LUZ. (Yo tiemblo.)

REY. Estais misteriosa.

Cómo si á nadie queria
decís...

EGIL. Eso era de dia;
que de noche era otra cosa.

D.ª LUZ. (Justo Dios! Ya á descubrir
que hay en mi cámara un hombre,
y para saber su nombre
intenta hacerle salir.
Cómo ocultar mi flaqueza!)

REY. Pero en fin...

D.ª LUZ. (*Bajo á Egilona.*) (Callad os ruego.)
Es larga la historia, y luego
podeis contarla á su alteza.

EGIL. (Me lastima su dolor.)
Dices muy bien. Si os dignais
seguirme...? (*Al rey.*)

REY. Como querais.
Soy vuestro esclavo.

EGIL. (Ah! traidor!)
A Dios, sobrina; deseo
disfrutes sueño tranquilo.

D.ª LUZ. (Pendiente me hallé de un hilo.
Lo estoy viendo y no lo creo.)

EGIL. (*Bajo á doña Luz.*)
Que salga al punto.

D.ª LUZ. (*Idem.*) Si haré.

REY. En paz, doña Luz, dormid.

D.ª LUZ. Y vuestra alteza.

REY. Venid,
señora. (Yo volveré.) (*Da la mano á Egilona.*)

ESCENA IV.

DOÑA LUZ. EL DUQUE DON FAVILA.

D.ª LUZ. (*Cierra la puerta del fondo.*)
Al fin se alejaron.
Favila?

DUQUE. (*Saliendo.*) Traidora!
El rey te enamora,
y le amas tambien.

D.ª LUZ. Yo amarle?

DUQUE. Pudieras
negar todavía
que por tí venia?
D.ª LUZ. El labio deten.
Depon los enojos,
que yo no te ofendo.
DUQUE. Perjura, comprendo
que sabes mentir. (*Yéndose.*)
D.ª LUZ. Qué has dicho? Me dejas?
DUQUE. Sí, te dejo.
D.ª LUZ. Advierte,
mi vida...
DUQUE. Mi muerte!
D.ª LUZ. Me quieres oir?
DUQUE. En vano lo imploras.
D.ª LUZ. Escúchame.
DUQUE. Aparta,
porque á dos adoras,
ó engañas á dos.
D.ª LUZ. Asi te complaces
en mi atroz tormento?
Cruel, ya me ausento.
A Dios, duque, á Dios.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

EL DUQUE DON FAVILA.

Qué dudas roedoras
asaltan mi mente?
Si hallándome ausente
al rey juró amar...
Venir á estas horas
el monarca á vella,
no revela que ella
debióle aguardar?
Si volviera acaso
otra vez... qué advierto!
La puerta han abierto;
no es un sueño, no.
De celos me abraso.

:

Un hombre! Una cita!
Pues mi amor me quita,
mataréle yo.

ESCENA VI.

VILFRIDO, *embozado*. EL DUQUE DON FAVILA *se retira á un lado del teatro.*

VIL. Para celar á su dama
una llave el rey fabrica,
y esta noche me la entrega.
Qué necio! A quién se la fia!
DUQUE. Será el rey, que acude ahora
de doña Luz á la cita?
Pues nos encontramos solos,
aunque el infierno le asista
he de vengarme. Hola! (*Alto.*)
VIL. Qué oigo!
Alguien me hace compañía.
DUQUE. No responde?
VIL. Ah...! Otro amante
se halla dentro. Don Favila! (*Le reconoce.*)
Ja, ja, ja. (*Rie.*)
DUQUE. No es él.
VIL. Me alegro
de hallaros.
DUQUE. Vilfrido! oh ira!
Cómo habeis entrado aqui?
Con qué objeto? (*Furioso.*)
VIL. Voto á Cribas!
Parece que le sorprende
al buen duque mi venida.
Si me preguntais el modo,
es la cosa mas sencilla.
Con esta llave. Y ahora
que mi razon lo medita,
vos tendreis otra, ó acaso
no necesitais que os sirva
ese instrumento, y os abre
cuando llamais...
DUQUE. Mi sobrina.

VIL. Ya... lo comprendo. (*Con malicia.*)
DUQUE. Pudiera
sospechar vuestra malicia...
VIL. Yo? nada. Sois su pariente,
y á cualquiera hora del dia
ó de la noche en su cámara
podeis entrar; bien lo indica
el encontraros en ella.
DUQUE. Pero vos...
VIL. Pese á mi vida,
que apuesto que habeis venido...
bah! mi mente lo adivina;
á hablarla seguramente
sobre asuntos de familia. (*Con ironía.*)
DUQUE. Quereis burlaros? (*Irritado.*)
VIL. No á fé.
Aunque si bien se examina
esta hora no es la mejor
para hacer tales visitas.
DUQUE. Cansado estoy de escucharos,
y si á la pregunta mia
no respondeis, vive el cielo
que os haga ahora mismo trizas!
VIL. Hablad mas quedo, que puede
doña Luz estar dormida,
y despertar á las voces
temiendo por vos.
DUQUE. Creeríais...! (*Furioso.*)
VIL. Como sois su tio... (*Con ironía.*)
DUQUE. Basta.
Decidme lo que motiva
que en vuestro poder tengais
esa llave, ó de mi ira
temblad.
VIL. Calmaos. Quereis
que por una niñería
midamos nuestros aceros
en esta cámara misma?
Oh! no: tiempo queda al duque,
si con tanto enojo mira
á quien siempre fue su amigo,
de vengarse. Acaso olvida

que apenas del sol los rayos
anuncien el nuevo dia,
para el sangriento combate
entraremos en la liza?
DUQUE. Y qué importa? Necesito
saber antes...
VIL. Qué manía!
Yo quisiera complaceros;
pero si os digo que Egica
me manda, porque no puede
de doña Luz á una cita
acudir, ofendo á ella,
y al cabo es vuestra sobrina.
DUQUE. Qué os atreveis á decir?
Ella le aguarda?
VIL. Os admira?
Oh! Parece que á Cantabria
no llegan muchas noticias.
Sus amores con el rey
son cosa ya tan sabida,
que vos solo, segun veo,
lo ignorabais, don Favila.
DUQUE. Mentís, que si cierto fuera
lo que vuestra lengua impía
ha proferido, el monarca
á defenderla saldria.
VIL. Teneis razon; mas los celos
á la venganza le incitan,
porque otro rival ahora
de su dulce amor le priva.
DUQUE. Cómo?
VIL. Un rapaz hoy ocupa
su corazon: lo creeríais?
DUQUE. Vive Dios que he de arrancarle
el alma sino confirma
con pruebas lo que me ha dicho.
VIL. Os oigo con sangre fria,
porque no tengo esta noche
humor de armar una riña.
Pero me atrevo á mostrarle
al momento, si se obstina
en dudar, un pergamino

escrito por ella misma.
Vedlo aqui. (*Le muestra.*)

DUQUE. Cielos! Me engañan
mis ojos!

VIL. Leed la firma.

DUQUE. Oh rabia! (*Lée.*) « Siempre te adora. »
aleve! « tu Luz querida. »
Déjame leerlo todo.

VIL. No, luego: que todavía
quiero daros otras pruebas.

DUQUE. Cuáles son?

VIL. Ver en seguida
hablar á los dos amantes
en esta cámara.

DUQUE. Oh dicha!
Si no cumplis la palabra
me responde vuestra vida.

VIL. Seguidme. (No tardará
Fadrique. Pobre Favila!)

ESCENA VII.

DOÑA LUZ.

Favila...! Ya se ausentó
gozándose en mi quebranto,
y cuando le quiero tanto
ni en mis suspiros creyó
ni le conmovió mi llanto.
Duda, ingrato, de mi fé,
juzgando que el alma mia
perjura en su ausencia fue...
Cómo olvidarle podria,
si hasta mi honor le entregué...!
Piensa que al rey puedo amar
porque una corona de oro
me llegara á deslumbrar,
si solo quiero reinar
en el corazon que adoro!
Pues mi pecho enamorado
es tanto el amor que encierra,
que fuera á él comparado

un reino muy limitado
el imperio de la tierra.
Porque en su tierno desvelo
á una alma que amor respira
es tan estrecho este suelo,
que para gozar, aspira
a remontarse hasta el cielo.
Pero ay! destino tirano
de mi esperanza en abrojos
trueca el capullo lozano,
y en vano le riego, en vano,
con el llanto de mis ojos!
Hijo mio! te he perdido,
y hoy tal vez pierda á tu padre;
por él ruega, hijo querido,
que conocer no has podido
todo el amor de una madre.
Qué importa muera mi amor
mientras Favila no muera?
Al rojizo resplandor
de la abrasadora hoguera
mas vivo arderá mi amor.
No me cerreis, Dios divino,
si decidís que sucumba,
de salvacion el camino,
y si la hoguera es mi tumba,
bendeciré mi destino.

(*Al tiempo de cerrar la puerta del fondo aparece Fadrique.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LUZ. FADRIQUE.

D.ª LUZ. Es Fadrique? En mi cámara á estas horas?
Qué novedad ocurre?

FAD. Me sorprende
vuestra pregunta. No me habeis mandado
venir?

D.ª LUZ. Qué dices, page?

FAD. Ahora mismo
se ha acercado á anunciarme un escudero:
sin duda debió ser que me esperabais.

D.ª LUZ. Que te esperaba yo? Ya lo adivino.
Burlarse de ti quiso el mensagero.
FAD. Pues vive Dios que haré, si le descubro,
de la pesada broma con mi acero
que se arrepienta.
D.ª LUZ. Vamos, no te enfades.
FAD. Cansado estoy de ver á ciertas gentes
que bullen en palacio noche y dia.
Con los débiles unos insolentes,
otros que con infame hipocresía
aduladores son del poderoso,
blanda sonrisa tienen en los labios,
y negro y torpe el corazon medroso.
Si este lenguaje en los palacios usa
para medrar la turba cortesana,
yo que no puedo á él acomodarme
seguir debo otro norte,
y sin demora partiré mañana
lejos del falso brillo de la corte.
D.ª LUZ. Pudieras ser capaz de abandonarme
por un vano capricho?
FAD. Mucho siento
solo por vos, señora, mi partida;
pero voy á lidiar contra los galos
que talan nuestra tierra.
He de sufrir que viva oscurecido
mi nombre eternamente? No; mi vida
pertenece á mi patria, y en la guerra
el que su sangre sin temor derrama,
ceñido del laurel de la victoria,
y en alas de la fama,
de una en otra edad va su memoria.
D.ª LUZ. Y si á tan loco intento
se opone como es justo tu buen padre,
le darias acaso el sentimiento
de mirarte partir, siendo insensible
al amargo dolor del pobre anciano?
No enjugarias de amorosa madre
el abundante lloro
con solícito afan y tierna mano?
Pues bien, por ellos la merced imploro
de que en Toledo permanezcas: sabes

que te han encomendado á mi cariño,
y he de anunciarles la terrible nueva
de que partiera el hijo que aman tanto
á perecer sin duda en un combate?

FAD. Y qué importa mi muerte, si su llanto
no verterán sobre la losa fria
de mi ignorada tumba? Ya murieron
los que cual tiernos padres yo queria,
y al bajar al sepulcro, descubrieron
que no me han dado el ser.

D.ª LUZ. Gran Dios! Han muerto,
y tú no eras su hijo?

FAD. No, señora.
Yo soy un desgraciado que á este mundo
quiso lanzar la bárbara fortuna
solo para humillarle, pues ignora
quiénes sus padres son, cuál fue su cuna.

D.ª LUZ. Infeliz! Y no tienes mas noticias
que puedan revelar tu nacimiento?

FAD. Al espirar el hombre generoso
á quien debí de padre las caricias,
dejóme un pergamino en que se encierra
el secreto fatal de mi familia.
Por él sé que Fadrique no es mi nombre,
y que apenas naci me abandonaron
mis verdaderos padres... no os asombre
tamaña crueldad; acaso fruto
de ilegítimo amor, comprometiera
su dulce paz el infeliz Pelayo.

D.ª LUZ. Qué escucho! Oh Dios! Pelayo! Asi te llamas?
Muéstrame por piedad el pergamino.

FAD. Os voy á complacer. (*Se lo entrega.*)

D.ª LUZ. (Cielos! Qué veo!)

FAD. Turbada estaís, señora, y no adivino
el origen. Si hubiérais descubierto
quiénes mis padres son...

D.ª LUZ. (Dios mio!) Escucha.

(*Lée.*) «El que tal ventura hubiere, que este tesoro hallare, téngalo secreto é haga honra á este infante, que se llama Pelayo, cá sepa que és de gran linage, y que de ello no aurá sino bien.»

(Ah!)

FAD. Por favor! Decidme... vos sin duda
los debeis conocer. Decidme, viven,
viven aun?

D.ª LUZ. (Qué haré?) La fiera parca
no te los ha robado todavía,
mas la cólera temen de un monarca
que su muerte juró.

FAD. Se atrevería
á cometer tan bárbaro atentado
mientras viva Pelayo? No; primero
sabré arrancarle el corazon malvado.

D.ª LUZ. De qué sirviera tu valor? Su muerte
á apresurar quizás.

FAD. Pues bien, señora.
Descubridme quién es mi pobre madre,
que con delirio el corazon adora,
y por su vida no temais. Mi labio
nunca pronunciará, os lo prometo,
la mas leve espresion que la descubra,
y en el fondo del alma este secreto
oculto guardaré. Pero un instante
no me concedereis para que apure
tanta felicidad? Dejad que mire
su sonrisa amorosa, que la estreche
con loco desvarío
una vez nada mas entre mis brazos,
aunque muera despues.

D.ª LUZ. (*Arrojándose en sus brazos.*) Ay! hijo mio!

FAD. Mi madre vos! En su latir violento
me lo anunciaba el corazon.

D.ª LUZ. Ah! cómo
no me mata el placer que al verte siento!

ESCENA IX.

DICHOS. EL DUQUE DON FAVILA. VILFRIDO.

VIL. Dudais aun?

DUQUE. Qué miro!

D.ª LUZ. (*Desprendiéndose de los brazos de Fadrique.*)
El duque! Cielos!

VIL. Conoced la muger á quien queriais

defender, don Favila.

FAD. (*Desembainando el acero y queriendo acometer á Vilfrido. Doña Luz le detiene.*) Miserable!

D.ª LUZ. Detente.

DUQUE. (El rey! Oh! su presencia ahora
me impide castigar á la culpable.)

ESCENA X.

DICHOS. EL REY.

REY. Qué desacato es este, caballeros?
En la cámara os hallo de una dama,
desnudos los aceros.
Qué haceis aqui?

VIL. No debo á vuestra alteza
ocultar la verdad. El buen Fadrique,
aunque le veis rapaz, es animoso,
y á doña Luz arrebató favores
que sorprender el duque y yo pudimos;
amostazóse al ver que sus amores
estaban descubiertos, é irritado
su venganza pueril saciar queria
en mí cuando llegásteis.

REY. Fuiste osado...!

D.ª LUZ. Ah! no creais...

DUQUE. (*Bajo á doña Luz.*)
(Callad.) Señor, es falso
lo que acabais de oir, pues este jóven
manifestaba hallarse agradecido
á mi sobrina, y miente quien afirme
lo contrario.

VIL. Os burlais?

DUQUE. Nunca he sabido
hacerlo como vos en este instante.

D.ª LUZ. (Cuán generoso es!)

VIL. Sino estuviera
vuestra alteza delante,
á quien me injuria castigar supiera.

REY. (*A Fadrique.*)
Basta. Tú de mi corte desterrado
al punto has de salir.

FAD. (Cielos!)

D.ª LUZ. (Qué oigo!)

REY. Vos, sobrina, de guardias rodeada
de nadie sereis vista hasta el momento
del combate. Seguidme. (*A los caballeros.*)

D.ª LUZ. (Desgraciada!)

FAD. (Me apartan de mi madre! Y no he de verla!)

D.ª LUZ. (Y mi hijo! Gran Dios!)

(*Unos guardias se llevan á Fadrique, y otros á doña Luz por la izquierda.*)

DUQUE. Ah! yo queria
morir por defenderla,
y la perjura en tanto me vendia!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

Cámara del palacio. Dos puertas laterales. Una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. VILFRIDO.

REY. Y la reina?
VIL. Está en su cámara,
y ha de venir al instante
á veros, segun me ha dicho.
REY. Qué me querrá?
VIL. Es muy facil
de adivinar; vuestra esposa
se interesa por el page,
y ha de rogaros sin duda
que le perdoneis y se alce
la orden de su destierro.
REY. Será en vano el suplicarme,
que ya Fadrique ha partido.
Lo que en mi mente no cabe
es que ese jóven pudiera
el amor arrebatarme
de doña Luz.
VIL. Os sorprende
por ser tan jóven? Qué diantre!
pues á mi por el contrario
me parece razonable.
REY. Qué dices?

VIL. Que por lo mismo,
á sus gustos amoldándole,
henchida su alma de orgullo
con mas delirio ha de amarle.

REY. Entonces quién pudo ser
el embozado arrogante
que peleó en el jardin
contigo?

VIL. No estoy distante
de sospechar fuese el duque.

REY. Cómo! Favila?

VIL. Quién sabe!
Y aun mas; creo que enamora
á su sobrina.

REY. Ahora sales
con bromas?

VIL. No tal; anoche
cuando me dísteis la llave
para ver si doña Luz
aguardaba á algun amante,
apenas entré en su cámara
un bulto vi deslizarse,
y acercándome hasta él...

REY. Pudiste verle?

VIL. Y hablarle.

REY. Pero no sería el duque.

VIL. El mismo, de hueso y carne.

REY. Y qué te dijo? Qué hacía?

VIL. Primero desafiarme.

REY. Por haberle sorprendido?

VIL. Es claro; tiene una imagen
de la Vírgen doña Luz,
y el duque en aquel instante
tal vez rezando estaría
por el alma de su madre.
Ya veis que el interrumpirle
en su oracion, fue bastante...

REY. Al momento que la reina
me deje, á doña Luz trae
á este sitio.

VIL. No olvideis
que la hora del combate

se acerca.

REY. Es verdad; mas creo
que el duque ha de retractarse
habiendo encontrado anoche
á su sobrina y al page
juntos.

VIL. Supongo lo mismo;
que fuera necio matarse
por quien asi le desprecia;
y lo sintiera bastante,
que es público en todo el reino
el reto, y quiero vengarme
del orgulloso Favila,
que de valiente hace alarde.

REY. Mi amor se convierte en odio.
Que asi tal muger me trate?

VIL. Señor, la reina se acerca.
Retírome?

REY. No te marches.

ESCENA II.

DICHOS. LA REINA EGILONA.

REY. Con impaciencia aguardaba
vuestra venida, señora.

EGIL. Sería posible?

REY. Ahora
hablando de vos estaba.

VIL. Y como fuera conmigo,
no se ofenderá su alteza
si con natural franqueza
yo lo afirmo cual testigo.

EGIL. Mucho agradezco, señor,
que penseis en vuestra esposa,
pues aunque no soy hermosa
os profeso ardiente amor.
Esto vos lo sabeis bien,
que ocultarlo no he podido,
y jamas he merecido
me trataseis con desden.

REY. No comprendo ese lenguaje:

ó acaso me recordais
tanto amor, porque pensais
interceder por el page?

EGIL. Lo recuerdo solamente
porque andais tan distraido
que alguien quizá lo ha advertido,
y es maliciosa la gente.
(*Con intencion mirando á Vilfrido.*)
No falta ya quien murmura,
haciendo á mi honor agravio,
y aunque no es puñal su labio
causa herida mas segura.

REY. Y quién tiene la osadía
de decir...

VIL. Quién? Algun necio.
Solo merece desprecio
su imbécil bachillería.

EGIL. Quizá os equivoqueis,
y sea discreto asaz. (*Con intencion.*)

VIL. Quien tal dijo no es capaz
de serlo.

EGIL. Vos lo creeis?
Mas si descubro su nombre... (*Con intencion.*)

REY. Decidle pues.

VIL. (Será el mio?
De su promesa no fio,
que es muger.)

REY. (*Con enojo.*) Quién es ese hombre?

VIL. No haga caso vuestra alteza
de esas hablillas.

EGIL. Conviene
que las sepa, porque tiene
aduladores... (*Con intencion.*)

VIL. (Ya empieza.)

EGIL. Que lisonjean con maña
sus caprichos, y detras... (*Con intencion.*)

VIL. (Oh! muger de barrabás!
quiere perderme y se engaña.)
Teneis razon en decir
que es la plaga de la corte
la adulacion, cuyo norte
solo es medrar y fingir.

Pues la turba cortesana
que en regios palacios brilla,
al mismo á quien hoy se humilla
suele hacer traicion mañana.
Oh! es mucha su maldad!
Y á veces enciende mi ira
ver disfrazar la mentira
con máscara de verdad.
Pero el rey sabe, señora,
distinguir aduladores
de los fieles servidores
cuyas virtudes no ignora.
Y asi no debeis temer
sin que descubrais sus nombres
que consigan tales hombres
á su alteza sorprender.

REY. Dijiste bien; esa gente
no me engaña, y á tí debo
el conocerla.

EGIL. (*Con ironía á Vilfrido.*)
Yo apruebo
que os mostreis tan diligente.
Pero tened entendido,
aunque os asiste talento,
que llegar puede un momento
en que seais conocido,
que la fortuna nos vende
de sus favores cansada.

REY. Qué quereis decir?

EGIL. No es nada.
Yo me entiendo, y él me entiende. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL REY. VILFRIDO.

REY. Oiste, Vilfrido?

VIL. Estoy
confuso.

REY. Y bien, qué motivo
tiene la reina...

VIL. Lo estraña
vuestra alteza? Ya adivino
cuál puede ser.

REY. Cómo? Habla.

VIL. La reina sabe que os sirvo
con lealtad, y á don Favila
siempre le ha favorecido
hasta el punto de querer
casarle... pero no sigo,
que mudo queda mi labio
cuando pretendo decirlo.

REY. Esplícate sin rodeos;
soy tu monarca, y lo exijo.

VIL. Pues bien, señor, don Favila
amaba en tiempos antiguos
á doña Luz, y parece
que la ausencia su cariño
entibió... pero la reina
unirlos ha pretendido,
y como yo á doña Luz
he acusado del delito
de liviandad, me juró
odio eterno.

REY. Qué he oido!
A doña Luz amó el duque!
Cierto es lo que antes me has dicho?
Y yo que no lo creia...!

VIL. (En el lazo le he cogido.)
El calor con que defiende
á su sobrina es indicio
seguro.

REY. Rabio de celos.
Desdeñaba el amor mio
entonces por él, y ahora
me desprecia por un niño...
Del duque sabré vengarme:
la muerte de ambos codicio,
y lavaré con su sangre
los desdenes que he sufrido.

VIL. El duque llega: calmaos.

REY. Oh! no temas que el castigo
evite. Sabré fingir

:

como el infame ha fingido.

(*Al entrar el duque sale Vilfrido: este le mira con sonrisa irónica, y aquel con enojo.*)

ESCENA IV.

EL REY. EL DUQUE DON FAVILA.

DUQUE. Guárdeos el cielo, señor.
REY. Primo, venid á mis brazos,
y estrechen ellos los lazos
de nuestro sincero amor.
Cómo os sentis, don Favila?
DUQUE. A vuestro lado muy bien.
REY. Duque, os doy el parabien
de estar Cantabria tranquila.
DUQUE. Aquieté con mi presencia
los ánimos.
REY. Lo he sabido,
y os estoy reconocido
porque obrásteis con prudencia,
y solo ocasion anhelo
de poder manifestaros
mi cariño, que pagaros
es justo por vuestro celo.
DUQUE. La única merced que os pido
es que mas no se dilate
el señalado combate,
pues el plazo se ha cumplido.
REY. Despues de lo que pasó
anoche...
DUQUE. Soy caballero,
y probaré con mi acero
que aleve labio mintió.
REY. Con mucho calor la fama
de su sobrina defiende
el duque.
DUQUE. Acaso os sorprende
que lidie por una dama!
REY. No tal: comprendo tambien
la causa. Oh! sois un tio...
DUQUE. Y mancilla el honor mio

quien hiere el suyo.

REY. Está bien.
Pero haber ido á tal hora
á verla el page, no prueba...

DUQUE. (Oh rabia! Que mentir deba
por salvar á la traidora!)
La reina por un capricho
le envió.

REY. La reina fue?

DUQUE. De su labio lo escuché.

REY. Con que ella misma os lo ha dicho?

DUQUE. Acabo en este momento
de ver á su alteza.

REY. (Oh Dios!)
Y habreis estado los dos...

DUQUE. Largo rato en su aposento.

REY. Tal vez solos...?

DUQUE. Es verdad.
Tan amable como bella,
me es grato el hablar con ella
por su natural bondad.

REY. Con que...? (*Con forzada sonrisa.*)

DUQUE. Sois el mas dichoso,
no tanto por lo que abarca
vuestro imperio de monarca,
como porque sois su esposo.
Pues de gracias un modelo
brilla menos la corona
que la virtud que la abona;
sin duda la formó el cielo.

REY. Al veros entusiasmado
por la esposa que he elegido,
vivo placer he sentido
y con gusto os he escuchado.
Una prueba os quiero dar.
Para el combate aprestaos.

DUQUE. Ya lo estoy.

REY. (*Viendo á doña Luz, que aparece por el fondo con Vilfrido.*)
Pues bien, marchaos
hasta que os mande llamar.

ESCENA V.

LOS MISMOS. DOÑA LUZ. VILFRIDO.

D.ª LUZ. (Dios mio! El duque!)
DUQUE. (*Deteniéndose.*) (Ella aqui!)
REY. Primo, hasta luego.
DUQUE. (Que haré?
Oh! por no verla me iré.)
REY. (*Acompañándole hasta la puerta.*)
El cielo os guarde.
D.ª LUZ. (Ay de mi!)
(*Vilfrido se retira despues de don Favila.*)

ESCENA VI.

DOÑA LUZ. EL REY.

REY. Acercaos, doña Luz:
prevenid nuevos rigores
para el corazon que abrasan
los rayos de esos dos soles.
Oh! Quién ingrata creyera
al mirar sus resplandores,
que cuando muero de amor
me maten celos atroces!
Quién imaginar podia
viendo hechiceras facciones,
que en un cuerpo tan airoso
cupiese una alma de bronce!
Ni os ablandaron los ruegos,
ni os han rendido los dones,
y siempre pagais esquiva
con desdenes mis favores.
Callais bajando los ojos,
porque á tan justas razones
al responder vuestro labio
sin duda le faltan voces.
D.ª LUZ. Qué puede esta desgraciada
deciros, que no provoque
vuestro enojo?
REY. Todavía

á mi amor no correspondes?

D.ª LUZ. Es imposible, señor.

REY. Imposible! Quién se opone?

D.ª LUZ. Vuestros deberes de esposo
y de rey.

REY. Mal me conoces
si piensas que no adivino
cuáles son tus intenciones.
Por un rapaz me desprecia
la que en los regios salones
debiera brillar cercada
de un tropel de aduladores,
dando sus galas envidia
á las damas de la corte.
Yo, que diera mi corona,
mis timbres y mis blasones
por una mirada tuya...!
Yo, que antes que el sol asome
matizando con sus rayos
de púrpura el horizonte,
hasta que dormido queda
en los brazos de la noche,
girasol de tu hermosura
solo el mirarte es mi norte,
alcanzo por recompensa
desengaños roedores.

D.ª LUZ. Por qué aumentais mi tormento,
si á tan justas espresiones
corresponder no la es dado
á la infeliz que las oye?
Guardad para vuestra esposa
las joyas y los honores,
pues por su virtud merece
que vuestra alteza la adore.

REY. Digna de mi amor! Oh! Nunca.
Si en mis delirios de jóven,
si hasta hoy mismo confieso
que de dulces sensasiones
henchido mi corazon
feliz á su lado vióse,
ya la aborrezco.

D.ª LUZ. Es posible?

Qué pérfidos son los hombres!
Por amarme odiais á ella,
que es tan generosa y noble!

REY. Noble la muger que ha sido
de tus pérfidos amores
protectora...!

D.ª LUZ. Qué habeis dicho?

REY. (*Con ironía.*)
La verdad; mas... no te asombres...
sé que te amó don Favila,
y tal vez le correspondes.

D.ª LUZ. (Dios mio!)

REY. Yo he soeprendido
en tus ojos y facciones
brillar la alegría apenas
llegó el duque.

D.ª LUZ. (Mis temores
se han destruido.) Señor,
serán imaginaciones
vuestras.

REY. Pues bien; no le admitas
por tu campeon; corresponde
á mi amor, y le perdono.

D.ª LUZ. Oh! jamas, señor.

REY. (*Con rabia.*) Entonces
morirá... yo te lo juro.

D.ª LUZ. (Morir él...! Mi amor perdióle!)

REY. Se marchitan de tu rostro
los purpúreos arreboles.
Qué tienes? Ah! Ya comprendo.
Le adoras aun? Traidores!
De todos sabré vengarme.
Hola? (*Llamando.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS. UN OFICIAL.

OFICIAL. Señor...

REY. (*Escribe.*) Esta orden
entregarás á Vilfrido,
y tu cabeza responde
sino ejecutas al punto

lo que te mande.

D.ª LUZ. (Cumplióse
mi destino.)

REY. Entrad, señora,
en esa cámara. (*La de la izquierda.*)

D.ª LUZ. (Pobre
hijo mio! No sabrá
de su infeliz padre el nombre!) (*Se entra.*)

REY. No ha de verla el duque, entiendes?

OFICIAL. Sabré cumplir vuestras órdenes.

(*El rey entra en la cámara de la derecha; por el fondo sale Vilfrido.*)

ESCENA VIII.

VILFRIDO. EL OFICIAL.

OFICIAL. En busca vuestra iba yo,
y me alegro de encontraros.

VIL. A qué fin?

OFICIAL. Para entregaros
esta orden que el rey me dió.

VIL. Veamos.

OFICIAL. Tomad.

VIL. (Qué leo!
Al duque quiere prender,
y me pide parecer:
adivinó mi deseo.
(*Lée.*) «Despues ó antes del combate,
que esto dejo á tu eleccion,
ordenarás la prision
del duque.» — Qué disparate!
Prenderle sin que mi acero
el alma pueda arrancarle,
eso no, que he de matarle.
Y si en el palanque muero?
Entonces gozará altivo
de doña Luz los favores!
Yo destruiré sus amores,
pues todavía estoy vivo.)
Oid.

OFICIAL. Qué mandais?

VIL. Su alteza,
si yo muero, determina

que al duque y á su sobrina
se les corte la cabeza.

OFICIAL. Á don Favila! (*Sorprendido.*)

VIL. Ay de vos
si el mandato no cumplis!
Caerá la vuestra. Lo ois?

OFICIAL. Y he de matar...

VIL. Á los dos.
Á esta cámara vendrá
el duque; no lo dudeis:
(*Con intencion.*)
y doña Luz, ya sabeis
que en esa próxima está.
Tened la guardia dispuesta,
y si retardais su muerte
os guarda el rey igual suerte,
pues su voluntad es esta.
Apenas el clarin dé
tres sonidos, vos rezad
por mi alma, y despachad
á las otras dos.

OFICIAL. Lo haré.

ESCENA IX.

VILFRIDO.

Que venga el duque en buen hora.
Le aguardo tranquilo. Él viene:
disimular me conviene,
pues mis proyectos ignora.

ESCENA X.

EL DUQUE DON FAVILA. VILFRIDO.

VIL. Salud, duque.

DUQUE. Y el rey?

VIL. Hace un momento
que en su cámara entró: quereis sin duda
hablarle?

DUQUE. Solo quiero que al palenque,
que preparado está, veloz acuda.
Ya los jueces del campo nos aguardan,

y la nobleza y plebe allí se juntan
anhelando la lid: de la tardanza
tal vez algunos con razon murmuran,
y á vuestro honor y al mio importa mucho
que mas no se dilate.

VIL. Acaso dudan
del valor de los dos? En cien batallas
nuestra sangre corrió, mientras la turba
que se atreve á ofendernos de tal modo
doblado hubiera ante la planta inmunda
del galo la cerviz. Mas yo desprecio
del miserable vulgo las injurias.
Pero decidme, duque, pues me asombra
lo que acabo de oiros, por ventura
tan decidido estais á que el combate
se verifique?

DUQUE. Estraño la pregunta!
Vive Dios! No comprendo qué motivo
os hizo sospechar...

VIL. Parece burla
lo que decis, ó presto el duque olvida
de la pasada noche la aventura.

DUQUE. (Oh!) Si hablais porque juntos encontramos
á doña Luz y al page, son injustas
vuestras sospechas, pues la reina quiso
para un asunto de importancia suma
enviar á Fadrique.

VIL. (*Con irónica sonrisa.*) Ah! Fue la reina?
Tambien su alteza de misterios usa?
Mas no presumo que al rapaz dijese
cuando encargóle de mision oculta
que atrevido estrechase entre sus brazos
de su sobrina la gentil cintura.

DUQUE. Callad. (*Con rabia.*)

VIL. Tanto os ofende que mi labio
repita lo que visteis por fortuna?

DUQUE. Por fortuna decis?

VIL. Yo tal la creo;
que al ver que con justicia se la acusa,
no querreis esponeros á la muerte
por defender su liviandad.

DUQUE. (Oh furia!)

VIL. (*Con malicia.*) Si yo no conociera que el cariño
de tio, y nada mas, es el que ofusca
vuestra razon, diria que la amabais.

DUQUE. Y bien; la amo! Qué quereis? desnuda
salga del pecho la verdad amarga
que en él viviera tanto tiempo oculta.

VIL. Delirais, don Favila? Oh! Por cierto
tiene gracia...

DUQUE. Reid, sí, vos que nunca
habeis sabido amar; vos, cuya mente
un porvenir de mágica ventura
no ha soñado jamas, volando en alas
de ilusiones de amor, la horrible lucha
que en este instante el alma me destroza
no podeis comprender.

VIL. Lo que pronuncia
vuestro labio es verdad?

DUQUE. Lo habeis dudado?
Yo la creia angelical y pura,
y con tierno delirio la adoraba.
Cuántas veces al rayo de la luna,
y cuántas al nacer el alba hermosa
eterna fé juróme la perjura!
Feliz entonces cual capullo tierno
á quien la brisa lisonjera arrulla,
y á los rayos del sol que la embellece
nace en sus hojas la brillante púrpura,
vi nacer en mi pecho la esperanza,
que es la esperanza del amor la cuna.
Mas ay! que mi ilusion encantadora
despues de afanes y tormentas muchas
al arribar al anhelado puerto
del desengaño entre las olas turbias
halló el sepulcro, que en su mar naufragan
las ilusiones y esperanzas juntas.

VIL. La amabais, vive Dios! Y yo tampoco
he visto indiferente su hermosura.

DUQUE. Cómo! vos...

VIL. Sí, par diez. No tengo acaso
ojos y corazon? Aunque me gusta
no me ha inspirado una pasion tan loca.
La mia es racional y mas profunda.

Preguntádselo á ella.

DUQUE. Qué habeis dicho?
Se atrevió vuestro labio...

VIL. Por fortuna
no soy mudo, y opino que la lengua
dice mas que los ojos sin disputa.

DUQUE. Miserable! Tú amarla!

VIL. Ya comprendo
que no era digna de ese honor quien jura
constancia eterna á un hombre, y otro es dueño
de joya mas preciosa.

DUQUE. (*Furioso.*) Qué pronuncias!

VIL. Ved esta carta que revela el crimen
de la que acuso yo. (*Le entrega un pergamino.*)

DUQUE. (*Leyendo.*) (Terrible duda!
Fue para mí, gran Dios!) (*Con alegría.*)
Esta prueba fatal asi destruyo. (*Le rasga.*)

VIL. Pero aun tengo una (*Con calma.*)
que la arrastre á la hoguera.

DUQUE. Cuál?

VIL. Tu muerte.

DUQUE. Oh! no: primero alcanzarás la tuya.

VIL. (*Con intencion.*)
Si? Bien: me place. Moriremos juntos.
(*Suena el clarin.*)

DUQUE. Ya del clarin el ronco son anuncia
la hora del combate.

VIL. Vamos presto
á saciar mi venganza.

DUQUE. (Oh Dios! escucha
mis votos, que son puros, y si muero
perdona, por piedad, su aleve culpa!)

(*Salen por el fondo. La reina sale por la cámara de la derecha, y doña Luz por la izquierda.*)

ESCENA XI.

LA REINA EGILONA. DOÑA LUZ.

D.ª LUZ. La reina... Ah!

EGIL. He venido
á salvarte.

D.ª LUZ. Cómo! Vos...

EGIL. Por eso al rey he pedido
que no asistamos las dos
al juicio, y lo he conseguido.

D.ª LUZ. Qué escucho!

EGIL. No hay que perder
tiempo. Disponte á partir,
que presto he de conseguir
del rey te mande volver
á la corte.

D.ª LUZ. Y he de huir?

EGIL. No hay mas medio de salvar
tu vida de su furor,
si tu infame acusador
acaso llega á triunfar,
y muere el duque.

D.ª LUZ. Qué horror!
Morir entonces prefiero,
y con él sabré morir.

EGIL. Qué te atreves á decir?

D.ª LUZ. Es tanto lo que le quiero,
que ya no puedo fingir.

EGIL. Ah! Tú le amas? (*Con asombro.*)

D.ª LUZ. Perdonad
si os ofendo con mi llanto
al deciros la verdad,
pues desde mi tierna edad
su amor es mi único encanto.
Quince años mi corazon
este secreto devora,
quince años, que siglos son,
esperanza encantadora
alimenta mi ilusion.
Y cuando soñaba ver
un mágico porvenir
tras tan largo padecer,
miro, señora, morir
las ilusiones de ayer.
Contra vos de enojo ciego
está el rey, porque ha creido
que habeis mi amor protegido,
y fue tan vano mi ruego
que su muerte ha decidido.

EGIL. Qué escuché! Conozco ya
de esta intriga al vil autor;
tu esposo el duque será,
que todo el rey lo sabrá;
y tiemble el torpe impostor!

D.ª LUZ. Oh! Cuánto os debo! Y ahora
que en vuestra bondad confio,
lo que hasta Favila ignora
os diré. Sabed, señora,
que Fadrique es hijo mio.

EGIL. Santo Dios!

D.ª LUZ. No me culpeis,
que ser mi esposo juraba,
y pues vos amar sabeis
mi falta perdonareis,
que era niña y le adoraba.
Al llamarme su homicida
tan ingrata como hermosa,
por no quitarle la vida
á su mirada amorosa
quedó mi virtud rendida.
El fruto de nuestro amor
á Lucinda lo entregué,
y por muerto le lloré,
pues con engaño traidor
burló mi inocente fé.
Y por premio á mi fineza,
al morir la ingrata dijo
á Vilfrido mi flaqueza
despues de ocultarme el hijo.
Perdóneme vuestra alteza.

EGIL. Desgraciada! Te concedo
mi perdon.

D.ª LUZ. Qué he escuchado!

EGIL. Presto volverá á Toledo
Fadrique, pues de Toledo
no partió.

D.ª LUZ. Hijo adorado! (*Suena el clarin.*)
No ois? Qué triste sonido!

EGIL. Es el del clarin; sin duda
el combate ha concluido.
(*Suena por intervalos hasta tres veces.*)

D.ª LUZ. Dios mio! Prestadme ayuda.
Si el duque habrá perecido!
Oh! qué horrible pensamiento!
Y me tienen presa ahora...
Cómo calmar mi tormento... !
Id vos por piedad, señora.

EGIL. Voy.

D.ª LUZ. Ah! volved al momento.
(*Entra en la cámara de que salió.*)

ESCENA XII.

PELAYO.

Vuelvo á palacio, que en vano
fue que el rey me desterrase,
pues si peligra la vida
de la muger cuya sangre
por mis venas corre, fuera
el abandonarla infame.
Oh! Si arrancármela quieren
seré un Leon que desgarre
sus entrañas, y á los Godos
les diré: «Esta es mi madre.»
Si de nobles blasonais
no dejeis que la arrebaten
á un hijo, porque son tigres,
hombres no, los que tal hacen.
Mas siento pasos... quisiera
no me descubriese nadie
hasta ocasion oportuna.
(*Por el fondo.*) Por aqui... salir no es facil,
que ya llegan. Esta cámara
(*Entra en la cámara de doña Luz.*)
puede un momento ocultarme.

ESCENA XIII.

OFICIAL. GUARDIAS.

OFICIAL. Ha sonado la señal,
y pues murió en el combate
Vilfrido, á quien tenga Dios
en su gracia, prepararme

debo á cumplir del monarca
las órdenes. Mas ya sale
el duque: adentro vosotros,
y despachad cuanto antes.

(*Varios guardias entran en la cámara de doña Luz, y otros quedan con el oficial.*)

ESCENA XIV.

DICHOS. EL DUQUE DON FAVILA.

DUQUE. Mandóme á decir el rey
que en este sitio le aguarde.
OFICIAL. A él. (*Los guardias le acometen.*)
DUQUE. Qué veo! Asesinos!

(*Don Favila defendiéndose de los guardias, y Pelayo acuchillando á los otros.*)

No conseguireis matarme,
que este acero me defiende.

ESCENA XV.

PELAYO. DICHOS.

PELAYO. A doña Luz, miserables,
intentabais dar la muerte?
Pero qué miro! Cobardes!
Tantos contra un caballero?
(*Defiende al duque.*)
OFICIAL. Huyamos. (*Huyen.*)

ESCENA XVI.

EL DUQUE DON FAVILA. PELAYO. *Despues* DOÑA LUZ.

DUQUE. (*Va á abrazar á Pelayo, y le reconoce.*)
Gran Dios! El page!
Aunque te debo la vida,
con tu muerte he de vengarme
de esa pérfida muger.
PELAYO. Ah! Y yo sabré arrancarle
la lengua que se ha atrevido
á proferir tal ultrage.

(*En el momento de batirse sale doña Luz y se coloca entre ambos.*)

D.ª LUZ. Insensatos! Deteneos!
Es tu hijo! El es tu padre!
DUQUE. Mi hijo! } (*Se abrazan.*)
PELAYO. Mi padre! }
DUQUE. Cielos!
cuánta dicha en un instante!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. EL REY. LA REINA EGILONA. CABALLEROS. GUARDIAS.

DUQUE. (Pero el rey llega.) Señor,
pues muerte á Vilfrido dí
con justicia, y defendi
de doña Luz el honor,
que me concedais os pido
su mano.
REY. (Fatal momento!
Debo ahogar mi sentimiento.)
De la maldad de Vilfrido
hasta convencido estoy.
Favila, vivid dichoso,
que os la concedo gustoso.
(Ah!)
DUQUE. Cuán feliz me haceis hoy!
EGIL. (*Presentando al rey á Pelayo.*)
Ya que fue injusto el encono,
yo intercedo por Fadrique.
REY. Basta que me lo suplique
vuestra alteza, le perdono.
EGIL. (*Bajo á doña Luz.*)
(Mi promesa está cumplida.
En ocasion oportuna
le revelaré su cuna.)
DUQUE. Perdóname, Luz querida.
D.ª LUZ. Despues de tantos desvelos
no te debo perdonar?
DUQUE. Mira si es saber amar
obrar cual noble aun con celos.

FIN DEL DRAMA.